



## Una patera más

Francisco Bisquerra

**M**e llamo Amanda. Hace pocos días que finalicé los estudios. Ya soy médico. Me dijo mi padre:

-Unos pocos años más y sacarás el doctorado.

Pero no quise estudiar más, una iluminación interior me impulsaba a sentir viva la experiencia que más deseaba: vivir en contacto con los enfermos más necesitados. Me inscribí en las listas de voluntarios a ejercer como médicos sin fronteras.

Salí hacia el aeropuerto, una noche helada con locos aires que, como cuchillas, azotaban mi cara. El vacío y las negruras de la carretera entristecían aún más la añoranza que sentía al alejarme de mis padres y acentuaban el miedo a un porvenir del que no sabía casi nada. En el aeropuerto, sola con mis silencios, me metí entre la espesura de la gente. Ya en el avión, me acomodé, replegada, junto a la ventana ojival, observando la llovizna deshaciéndose en sus cristales.

Al llegar a Kenia, respiré aires más puros. Me asombré del oro de sus campiñas, del pesado calor de un sol «inmóvil». Me sobraba la ropa. Un cielo despejado se perdía hasta el resplandor del horizonte rojo. A mi vera, veía altivas jirafas, raras aves,

extraños árboles, grupos de hombres lentos y perezosos y a mujeres africanas cantando ritmos somníferos, someramente cubiertas con harapos de vivos colores. Todo muy exótico, puro placer.

Ya en las afueras de Nairobi, la capital, atravesé poblados. Me parecieron los lugares más pobres que había visto en mi vida. Vi a los niños que viven en los basureros de la ciudad y a los «slums», los inmensos suburbios de chozas, mucho más miserables que los que nos muestran las películas y documentales. La gente se quitaba la comida de su boca para dármela, para agasajarme. Tomaban siempre el mismo sustento, harina cocida en forma de bolitas, que se comen con las manos con un poco de verdura hervida, y que me resultaba intragable. Eran seres a los que, a pesar de vivir a lo primitivo, se les veía realmente contentos.

Entré en el Hospital, las condiciones sanitarias eran infrahumanas. Las colas de enfermos, interminables. El material quirúrgico, casi inexistente. El doctor jefe, después de un corto y protocolario saludo, me dijo:

-Llegas a tiempo, aquí no paramos. ¿Oyes los gemidos tras la cortina? Son los de un joven de unos dieciocho años, al que